

Había en Cádiz un galleguito muy pobre, que quería ir al Puerto para ver a un hermano suyo que era allí mandadero; pero quería ir de balde.

Púsose en la puerta del muelle a ver si algún patrón que fuese al Puerto lo quería llevar. Pasó un patrón, que le dijo:

-Galleguiño, ¿te vienes al Puerto?

-En non tengu dineriñu; si me llevara de balde, patrón, iría.

-Yo, no -contestó este-; pero estate ahí, que detrás de mí viene el patrón Lechuga, que lleva la gente de balde.

A poco pasó el Lechuga, y el galleguito le dijo que si le quería llevar al Puerto de balde, y el patrón le dijo que no.

-Patrón Lechuga -dijo el galleguito-, ¿y si le canto a usted una copliña que le juste, me llevará?

-Sí; pero si no me gusta ninguna de las que cantes, me tienes que pagar el pasaje. A lo que convino el galleguito, y se hicieron a la vela.

Cuando llegaron a la barra, esto es, a la entrada del río, empezó el patrón a cobrar el pasaje a los que venían en el barco; y cuando llegó al galleguito, le dijo este:

-Patrón Lechuga, allá va una copliña.

Y empezó a cantar:

Si foras a la miña terra

y preguntaren por mí,

eu dices que estoy en Cádiz

vendiendo ajua e anís.

-¿Ha justado, patrón? -preguntó en seguida.

-No -respondió el patrón.

-Pues, patrón, allá va otra:

Patrón Lechuga, por Dios,

jústele alguna copliña,

purque a lus quartus míos

hanle entradu la murriña.

-¿Ha justado, patrón?

-No.

-Pues allá va otra:

Jaguellino, jaguellino,

nun seas más retraectreiro,

mete a mano en a bossa

e paja al patrón su dineiro.

-¿Ha justado, patrón?

-Esa, sí.

-Pues non paju -dijo alegre el galleguito. Y se fue sin pagar.